

R
E
S
E
Ñ
A
S

**TRAS LAS HUELLAS DE LA
“NACIÓN”. LOS PASOS
PERDIDOS DE LA HIS-
TORIOGRAFÍA ARGENTINA**

Gabriela Tío Vallejos, Instituto de Investigaciones Históricas “Dr. Ramón Leoni Pinto”, Facultad de Filosofía y Letras, UNT, 2004. 107 pp.

En el planteo inicial del texto, la autora señala como su propósito reflexionar sobre los supuestos que han nutrido las interpretaciones historiográficas argentinas sobre el fin del período colonial e inicios del independiente, considerado el mismo más bien un “paso” que una “transición”, y cómo esa visión ha condicionado también diversas explicaciones de ese período. En las últimas páginas, al recordar cuál ha sido el objetivo del estudio, agrega que también se ha buscado vincular las corrientes historiográficas con las alternativas políticas de la vida nacional.

Dichos supuestos son, por un lado, la preexistencia de la nación, ligado estrechamente a la visión de la revolución de independencia como inexorable necesidad histórica, la cual se señala asimismo como el inicio de un nuevo régimen y la muerte de uno ya

pasado; por otro, la dicotomía civilización-barbarie.

La tesis de la preexistencia de un sentimiento nacional, incubándose ya en la colonia, es compartida por otras corrientes historiográficas latinoamericanas; también el hecho del abandono de las primeras décadas del período independiente, debido a la exigüidad de las fuentes, explica la autora, y a considerar el período sólo el prolegómeno —de preparación y acumulación— al del modelo agroexportador y el orden liberal, cuya centralidad se justifica. Esta presunción ha experimentado correcciones en los últimos años. En nuevas lecturas, la revolución de la independencia es vista como resultado de una reformulación del pacto político dentro de los márgenes del imperio colonial a la vez que origen de la nación.

Hasta aquí, lo que forma parte de unas palabras preliminares de la autora, que tal vez debieron presentarse así e incluir en las primeras líneas lo que se aclara en las últimas: que se trata de un trabajo que en gran parte recoge los aportes de estudios historiográficos de otros investigadores, no el suyo propio, y que fue escrito en principio para un público no argentino.

El recorrido historiográfico co-

mienza con la consideración de las fuentes (cronistas, viajeros y funcionarios coloniales del siglo XVIII) que nutrieron las primeras historias nacionales, en especial, las imágenes interpretativas de Félix de Azara: las oposiciones campo-ciudad, litoral-interior, la primigenia democracia porteña, la rivalidad hispano criolla, que “*se convirtieron en supuestos básicos de la historiografía liberal*”.

Tras las Memorias de guerra, la autora se detiene en la Generación del 37 para recordar que el postulado de la preexistencia de la Nación no forma parte del discurso de los hombres más representativos de esa Generación (Echeverría, Alberdi y Sarmiento) por cuanto la Nación es considerada producto de la acción política y, todavía en ese tiempo, una entidad a construir.

Resulta escaso el espacio dedicado a Sarmiento, “*una figura crucial de la historia intelectual argentina*” —como se sostiene en el texto—; se prefiere sólo citar a Maristella Svampa y su balance sobre la evolución de la dicotomía civilización-barbarie a lo largo del pensamiento nacional.

La historiografía liberal y sus máximos representantes, Mitre y López —identificados con la “escue-

la erudita” y la “escuela filosófica” respectivamente— son considerados, por el contrario, extensamente. A lo largo de ocho páginas, Tío Vallejos, siguiendo a Chiaramonte, Botana y Halperín Donghi, sintetiza tópicos centrales de esta línea interpretativa: el régimen colonial y las relaciones con el período independiente, la revolución como designio, la preexistencia de la nación a los estados provinciales, la anarquía y el caudillismo.

Para la Argentina “moderna”, la autora aborda, de la mano interpretativa de Svampa, el “primer nacionalismo”, con Joaquín V. González—quien *“representa el primer desplazamiento de la concepción sarmientina civilización-barbarie”*—Ricardo Rojas y Manuel Gálvez, pensadores que expresan *“la reacción de las sociedades y clases provincianas que se sienten al margen del proceso de modernización”*. Asimismo, siguiendo sobre todo a Terán, pasa revista a representantes del positivismo argentino: Ramos Mejía *“uno de los primeros promotores del cientificismo y su aplicación al análisis de la problemática nacional”*; Carlos Octavio Bunge, representante de la visión biologicista; Ingenieros, exponente del bioeconomismo.

La década 1910-20 es la de los historiadores constitucionalistas,

con sus dos vertientes: contractu- lista (la Argentina es fruto de un pacto entre las provincias) y esencialista (la nación es anterior a las provincias y el federalismo una concesión del gobierno nacional), y de la labor de la Nueva Escuela Histórica Argentina, relacionada con la profesionalización de la disciplina, con hombres que viven de la historia e instituciones que concentran la producción historiográfica académica.

Llegando a las páginas centrales del libro, Tío Vallejos realiza un recorrido por el llamado revisionismo histórico y sus distintas fases. Desde su origen en los años 30 y de la mano del nacionalismo oligárquico, el revisionismo inicial, con Carlos Ibarguren, los hermanos Irazusta y Ernesto Palacio, representa una mirada conservadora, de repudio a la democracia y a la dependencia económica de Gran Bretaña, teñida de *“antiliberalismo, antipositivismo, antimarxismo y tradicionalismo hispanizante y en muchos casos clerical”*. Los análisis de Cattaruzza, Svampa, Halperín Donghi y Luis Alberto Romero son citados para resumir las fuentes ideológicas de los revisionistas argentinos del ‘30.

Otra fase de este movimiento es la que coincide con el peronis-

mo, con el que algunos revisionistas están en contra, pero el que le permitirá tomar nuevos alcances, con la inclusión de pensadores de variada extracción ideológica, como Puiggrós o los de FORJA. *“Pero no todo el mundo intelectual –afirma la autora– había sido seducido por el peronismo. El conflicto entre Perón y la oposición sería en gran medida un conflicto de tipo cultural [acentuado con Evita, como imagen del resentimiento revanchista]. [...] las masas peronistas serán vistas como la barbarie en dos dimensiones, la democracia impura, de voluntades manipuladas, y la incultura”.*

La fase posperonista del revisionismo después del '55 incluye distintas lecturas sobre el período y la realidad nacional, ya sea desde la izquierda o desde los propios proscriptos, quienes difunden masivamente algunas ideas revisionistas –por ejemplo, la crítica al modelo agroexportador– que se convierten en interpretación oficial peronista de la historia nacional.

Luego de un punteo a los planteos de Hernández Arregui, José María Rosa y Fermín Chávez, el balance se cierra con un juicio de Halperin Donghi, para quien el revisionismo convierte a la historia en *“una suerte de expedición punitiva*

contra adversarios convenientemente silenciados por la muerte”.

El siguiente acápite trata sobre la renovación historiográfica posperonista, bajo el influjo de Annales, con centros difusores en Buenos Aires, Córdoba y Rosario, y la producción de renombrados historiadores como José Luis Romero, Roberto Cortés Conde y Tulio Halperín Donghi.

Para los '60, la autora también refiere el clima ideológico protagonizado por la nueva izquierda, el dependentismo, el debate entre marxistas “voluntaristas” y “economicistas”, y a partir de 1973 la renovación de la lectura marxista sobre los modos de producción.

La *“efervescencia”* de tres cortos años *“iba a sufrir un golpe brutal en 1976”*; para fines de los '70 y la década del '80, Tío Vallejos alude –finalizando el panorama historiográfico– a las alternativas de los que parten al exilio –posgrados o enseñanza universitaria en el exterior–, a la producción subsidiada por el CONICET, a las publicaciones de esos años como *“Latinoamérica: las ciudades y las ideas”*, de José Luis Romero, y el lugar central de la obra de Carlos Sempat Assadourian.

En un texto un tanto más elaborado, la autora tucumana ofrece

un cierre sintético que contiene, junto a elementos de análisis no presentes en cada acápite, una reflexión sobre la significatividad de las corrientes e historiadores consultados. De allí un tono interpretativo que no está expuesto a lo largo del recorrido historiográfico realizado.

Retomando el propósito del ensayo, al mirar las lecturas realizadas de las últimas décadas del siglo XVIII y primeras del XIX, explica el lugar central de la dicotomía civilización-barbarie, que imposibilita entender la revolución de independencia como una transición, y las implicancias de esta opción analítica. Anota que son los constitucionalistas los que dan un primer paso hacia la comprensión de la transición, conclusión que no está explícita en el acápite correspondiente, a pesar del detalle brindado a los planteos de estos autores y sus matices. Sí que el revisionismo no rompe el modo dual o dicotómico de entender la historia...

Señala que será la producción setentista sobre la colonia la que aportará nuevos elementos para abordar la transición; de allí en más todo lo que valora sobre las nuevas lecturas en los años 80 y 90 – centralmente ligadas a historiado-

res como José Carlos Chiaramonte, Noemí Goldman, Hilda Sabato y Luis Alberto Romero– no está desarrollado en el cuerpo del texto.

Según la autora, en fin, a pesar de los esfuerzos por romper el molde, la dicotomía civilización-barbarie, ejerce aún una terca influencia, incluso fuera de los círculos académicos.

Como balance puede decirse que el libro resulta una visita panorámica sin sorpresas a lo que se ha escrito sobre historiografía argentina, en un estilo sencillo, pero con problemas de claridad en la redacción en algunos párrafos y otros sin conexión directa con el hilo de exposición. Con alusiones básicas, además, al marco histórico del momento –entendidas si se recuerda al público extranjero al que estaba dirigido el texto original, pero que pudieron adecuarse al nacional– y que puede dejar como intriga por qué lo de “perdidos” de los pasos de la historiografía argentina, tras las huellas de la Nación.

María Silvia Fleitas

THE PLEBEIAN REPUBLIC. THE HUANTA REBELION AND THE MAKING OF THE PERUVIAN STATE. 1820-1850

Cecilia Méndez, Duke University Press, 2005, 360 pp.

The Plebeian Republic da cuenta del complejo proceso transicional del Perú, de la colonia a la república, visto desde la experiencia de una sociedad rural de las tierras altas tradicionalmente considerada como «históricamente aislada». En particular dirige su atención a los actores rurales plebeyos y a su papel en la política de comienzos del período republicano, destacando los cambios en la forma de legitimación del poder especialmente con relación a las élites indígenas del Cusco, que se apoyaban en su origen noble. En Huanta, en cambio, los líderes políticos surgieron de sectores plebeyos y tuvieron nuevas posibilidades de ascenso social a partir del estado caudillista: eran caciques cuya autoridad no se basaba en su nobleza ni en los derechos comunales, sino en la guerra. Fue esta última la que legitimó su poder, mientras que el estado legitimaba en última instancia a la gue-

rra. La autora se refiere a la plebeyanización de la política (expresión acuñada por el historiador Jorge Basadre) que en su opinión no ocurría tanto a nivel de los líderes principales, sino en el fondo del sistema político.

Aunque desde hace ya muchos años las fronteras entre las disciplinas se han ido borrando, sigue siendo difícil escribir una historia relativa al mundo andino que integre a la de los indígenas, particularmente a los «indios del común». Una de las principales dificultades ha sido la escasez de fuentes o su parcialidad ya que en su mayoría provienen del sector letrado de la sociedad, español o criollo, aunque también hay una cierta tendencia a pensar la historia interétnica como antagónica, subordinada, a veces separada o con pocos espacios de interacción. O a dividir los campos de acción de la historia y de la antropología (o de la etnohistoria), dejando para

estas últimas la porción del mundo andino poblada por indígenas. El libro que reseñamos es uno de los mejores intentos de integración, que no solamente da cuenta de un momento de transición complejo – el de la construcción del estado peruano –, sino que además replantea viejas preguntas aportando nuevas respuestas.

Sus principales virtudes no terminan allí. El libro nace del presente, de un sangriento episodio de la historia reciente del Perú, y se propone aportar a su esclarecimiento a partir del estudio del pasado: el hecho data de 1983, cuando ocho periodistas que estaban investigando el accionar de Sendero Luminoso fueron asesinados en la provincia de Huanta, Ayacucho, episodio conocido como la masacre de Uchuraccay. La comisión destinada a averiguar quienes habían sido los responsables de esta matanza, llamada después la *Comisión Vargas Llosa*, sostuvo que habían sido campesinos de la provincia de Huanta, subrayando las explicaciones «culturales» de lo sucedido, es decir su aislamiento, su ignorancia, su brutalidad. Pocos podían aceptar la idea que los campesinos podían tener sus propias razones.

Y aunque este libro trata fundamentalmente de indígenas, la

autora evita utilizar esta expresión o la de «indio» salvo para ocasiones muy específicas, entre otras cosas porque el período que ella estudia da cuenta de transformaciones en su concepción que la tornan equívoca, ambivalente. Además, sostiene, prefiere utilizar las formas con las que los mismos protagonistas se identificaban, quienes no se referirían a sí mismos como «indios», excepto en las ocasiones en las que esta autoadscripción les podía traer beneficios.

En su diálogo con los sucesos actuales de Uchuraccay Cecilia Méndez va preguntándose y respondiendo una serie de cuestiones, algunas de las cuales sintetizaremos a continuación. En la introducción llama la atención del lector acerca de la denominación que la *Comisión Vargas Llosa* hace de los campesinos que fueron encontrados como culpables de la masacre, los «iquichanos». El relato de la gestación de la identidad de los iquichanos es la vía que ella utiliza para explayarse acerca de uno de los episodios centrales de su trabajo, la rebelión monarquista de 1825-1828, momento en el que aparecen las primeras referencias de aquel término. Los iquichanos se consolidaron hacia fines del siglo XIX en el imaginario de las elites

urbanas como un grupo indígena que existía por fuera de la nación moderna, y se les atribuyó un origen prehispánico. Hay dos ironías en torno a esta denominación. La primera es que el término se tomó de un panfleto anónimo escrito por un español en 1825 y en torno a él —a la denominación *iquichanos*— se construyó una imagen de la resistencia y rebelión entre los campesinos de las tierras altas de Huanta. La segunda es que la identificación que se fue gestando entre las elites urbanas ocurría en el momento en que los campesinos de Huanta adoptaron en forma clara una postura nacionalista.

¿Cómo fue que un grupo de pobladores rurales se vio involucrado en una rebelión monarquista? Al igual que en el caso actual, a muchos historiadores les costó pensar que podría haber una motivación propia de los campesinos y explicaron la adhesión por la coerción, la sumisión, la ingenuidad o la ignorancia. Sin embargo, lejos de ser pasivos objetos de la manipulación de jefes militares, hacendados o políticos, a los campesinos era necesario ganarlos, a veces combinando la negociación con la coerción. El apoyo campesino no podía ser considerado una garantía, como conjetura la teoría

de la coerción, sino que necesitaba ser ganado con habilidad, teatralidad y concesiones. Y el caso de Huanta muestra que los campesinos participaron en la negociación —sin negar, por cierto, la coerción, la desigualdad y la opresión— aceptando algunas de las propuestas, rechazando otras.

La autora vincula el análisis de la adhesión campesina a la causa monarquista con su participación en otros episodios bélicos anteriores y posteriores: en las guerras de independencia, en las guerras civiles y en las que se dieron en el marco de la creación de la Confederación Perú-Boliviana. El caso de Huanta muestra como las líneas que dividían a «patriotas», «realistas», «monarquistas» y «republicanos» eran tan volátiles y sus respectivas lealtades tan recientes, que sería un error considerarlos partidos definidos. Esto no significa que el nacimiento de la vida nacional fue fruto de un caudillismo puramente faccioso e irracional. Pero sí confirma la interpretación ampliamente aceptada que la independencia llegó al Perú desde afuera más que desde adentro. La autora argumenta esta afirmación con abundante información, de la que nos interesa sólo a modo de ejemplo rescatar una: en

el ejército realista había muchos mas peruanos que en el ejército patriota. La mayoría de los integrantes de este último provenía de diversos lugares de América, en particular de la Gran Colombia, mientras que solamente unos pocos eran peruanos. Por el contrario, unos pocos europeos integraban las fuerzas realistas. El caso de Huanta también sugiere que el monarquismo como ideología no fue muy duradero. A veces glorificada, a veces vapuleada, la república finalmente triunfó.

La autora propone una manera de «leer» los silencios de las fuentes para poder entender mejor como fue organizada la estructura militar, y a partir de ella comprender el funcionamiento de la política local. Sostiene que aunque las comunidades participaron en la rebelión, fueron excluidas de los puestos más altos de poder. En igual sentido, a pesar de que los comunarios eran expertos en la geografía del área de la revuelta, no controlaban la guerra. De las ocho localidades que eran cuarteles generales o puestos de comandos durante la guerra, tres eran pueblos y cinco eran haciendas. Sin embargo, reconocer estos factores no significa pensar que la rebelión estuvo conducida por hombres que no te-

nían lazos con las comunidades. Los líderes montoneros iquichanos no eran *outsiders* sino parte del mundo comunal: eran arrieros, comerciantes, coccaleros, todos parte de la red que vinculaba esta comunidad abierta con las tierras altas y bajas y con las ciudades.

Otra lectura posible de los silencios que propone apunta a la observación de las acciones concretas de rebelión económica que en Huanta tomó dos formas principales: el rechazo a pagar los tributos y la recolección y apropiamiento de los diezmos. Si la independencia trajo un cambio a la región que realmente revolucionó el orden establecido de la sociedad colonial, en realidad ese cambio ocurrió a pesar de y no tanto como consecuencia de aquellos que pelearon por la causa patriota. Fueron de hecho los campesinos monarquistas en su respuesta a los patriotas quienes revolucionaron completamente el sistema fiscal, alterando lo establecido desde tiempo inmemorial. En contraste con los ayllus del norte potosino que demandaban la continuidad del pacto tributario (considerado por Tristan Platt como garantía de sus derechos sobre las tierras del común), los campesinos de Huanta, se resistieron a pagarlo. Estos re-

beldes no sólo subvirtieron las jerarquías sancionadas tanto por los republicanos como por la sociedad colonial rehusándose a pagar la contribución indígena (la marca étnica más tangible de subordinación en la temprana república), sino que forzaron a los hacendados a pagar los salarios por sus trabajos a través de una original revolución de los diezmos, que instituyó de facto un «código moderno de trabajo». Dada la amplia realidad del servicio personal en los Andes incluso hasta tiempos recientes, este sistema debería ser juzgado como vanguardista.

Considerados como tradicionalistas, conservadores o hasta retrógrados por su monarquismo, faltos de motivaciones propias, una masa voluble y sumisa, la historia

de los huantinos discute estos y otros estereotipos a la vez que propone una forma inteligente y sensible de leer las complejidades de una sociedad y de un momento que los requieren. Intenta, finalmente, desentrañar las motivaciones profundas que llevaron a los campesinos a participar de distintos episodios de la vida republicana temprana y alerta acerca de la importancia de considerar siempre siquiera como hipótesis la posibilidad de que haya motivos propios en las acciones de estos pueblos, que requieren una manera diferente de leer las fuentes y una vocación particular por encontrarla.

Raquel Gil Montero

REVOLUCIÓN. POLÍTICA E IDEAS EN EL RÍO DE LA PLATA DURANTE LA DÉCADA DE 1810

Fabián Herrero (comp.), Ediciones Cooperativas, Bs. As., 2004, 202 pp.

Se ha vuelto un lugar común la referencia a la renovación que la historiografía ha tenido en relación con el estudio de cuestiones polí-

ticas. En este caso, los trabajos aquí compilados por Fabián Herrero bajo el nombre de "Revolución. Política e ideas en el Río de la Pla-

ta durante la década de 1810”, suponen visitar aquel hito caro a una historiografía liberal-nacional que encontraba en la Revolución de Mayo el origen de la nacionalidad argentina. El libro que aquí se reseña incorpora nuevas miradas sobre el proceso emancipador en el —a falta de mejor denominación— espacio rioplatense.

Mucho se ha escrito sobre las “revoluciones modernas”, “burguesas” o “atlánticas” para aludir al fenómeno desatado a partir de las postrimerías del siglo XVIII. En este sentido, la “Revolución de Mayo” se inserta en un proceso espacio-temporal más abarcativo de modernización política que el estrictamente rioplatense. Es decir, remite al proceso de construcción de órdenes políticos concebidos como una fabricación humana y no como la evolución natural de un principio trascendente. De allí el fuerte sentido político atribuido al concepto de revolución en la medida en que supone un lugar importante para la toma de decisiones. Cuestión que es bastante clara en los trabajos de Alejandra Pasino¹, Klaus Gallo,² Fabián He-

rrero³ y Fabio Wassermann⁴ quienes apelan a una perspectiva historiográfica que indaga sobre el uso en contexto de las ideas —descartando una visión genética de las mismas— en el ámbito de la opinión porteña. Allí rastrean la construcción de *representaciones*, muchas veces contrarias y/ o contradictorias, que legitiman la toma de decisiones y que redundan en la construcción de consensos. Se trata de acciones como el uso crítico de la prensa —aunque no de manera excluyente— en relación con la intención de legitimar las acciones de los primeros gobiernos patrios; con el debate en la prensa entre confederacionistas y centralistas en el contexto del fracasado “Movimiento del Pueblo” de 1816 y sus modelos contrapuestos de construcción de la voluntad popular y de organización del territorio; con las diversas representaciones sobre la Revolución de Mayo que configuran identidades políticas en conflicto en dos coyun-

idéologie en el Río de la Plata a fines de la primera década revolucionaria”, pp.85-100.

³ Fabián Herrero, “¿La revolución dentro de la revolución? Algunas respuestas ideológicas de la elite política de Buenos Aires”, pp.101-124.

⁴ Fabio Wasserman, “¿Pasado o presente? La Revolución de Mayo en el debate político rioplatense”, pp.29-54.

¹ Alejandra Pasino, ““El Español” de José María Blanco-White en la prensa porteña (1810-1814)”, pp.55-84.

² Klaus Gallo, “En búsqueda de la “República ilustrada”. La introducción del utilitarismo y la

turas tan diferentes como las de 1826 y la década de 1850, que revelan la imposibilidad de consensuar un proyecto de organización nacional.

Por su parte, Gustavo Paz,⁵ Sara Mata⁶ y Silvia Romano,⁷ desde aquella otra dimensión que hace a la competencia por el reparto efectivo del poder en la esfera pública estatal —y por ello con otros fondos documentales—, rescatan el accionar de *agentes* tales como la corporación capitular jujeño peticionando ante el gobierno central de turno —colonial y revolucionario— una autonomía que la memoria de la elite local considera avasallada; los jefes locales de las milicias salteñas en su significativo rol de líderes de la movilización rural en la guerra o las atribuciones variables, ambiguas y superpuestas de los jueces rurales en el contexto de racionalización de la estructura administrativo-judicial-policial cor-

dobesa. En ellos, la coyuntura revolucionaria incide generando efecto en tiempos más largos. De este modo, el trabajo de Paz sugiere que la emergencia del reclamo de autonomía por parte de los pueblos durante el proceso emancipador se articula en una tradición de defensa de la misma que no habría sido quebrada por la tradición borbónica en la medida en que señala la aparición de propuestas inéditas de gobierno por parte del cabildo jujeño. En este sentido, y siguiendo a Annino, es posible preguntarse acerca del peso que esta coyuntura juega, en el caso de Jujuy, en la medida en que puede asignar nuevos sentidos a las acciones de los agentes en contexto.⁸ En el caso de Mata, si bien tiene de fondo relaciones claramente asimétricas, reconoce intereses en juego y márgenes de negociación en que los jefes locales funcionan como articuladores de demandas

⁵ Gustavo L. Paz, “La hora del Cabildo: Jujuy y la defensa de los derechos del “pueblo” en 1811”, pp. 149-166.

⁶ Sara E. Mata de López, “Conflicto social, militarización y poder en Salta durante el gobierno de Martín Miguel de Güemes”, pp. 125-148.

⁷ Silvia Romano, “Instituciones coloniales en contextos republicanos: los jueces de la campaña cordobesa en las primeras décadas postrevolucionarias”, pp. 167-200.

⁸ Annino señala que, a partir de los sucesos peninsulares ocurridos desde 1808, se produce en el mundo hispano una “revolución neocorporativista”. Con ello no deja de otorgar un peso específico al tiempo corto propio de lo político. Cfr. Antonio Annino, “Soberanías en lucha”, en Annino, Antonio, Luis Castro Leiva y François Guerra. *De los Imperios a las Naciones*. Iberoamérica. Zaragoza, Ibercaja, 1993.

de larga data —a cambio de beneficios simbólicos pero también materiales— de los sectores rurales subordinados y que llegan a obtener respuestas positivas por parte de Güemes. Relaciones de dominación, entonces, que no son planteadas de manera unilateral como lo hicieran durante mucho tiempo las interpretaciones historiográficas que se sostienen que el motor de la historia es la lucha de clases. A su vez Romano muestra que el conflicto puede darse entre sectores intermedios —y no sólo entre los extremos de una relación de subordinación—, al interior de la débil estructura estatal provincial, para obtener mayores cuotas de poder cuando las funciones de jueces y jefes de milicia rurales se superponen o no están bien delimitadas, en instituciones de origen colonial.

De este modo, el juego entre un modo experimentado y otro esperado de hacer política supone admitir un tiempo corto para la política a la hora de mostrar la particular forma que cada sociedad tiene de entender la política pero, simultáneamente, rechazar la posibilidad de construcción de lo nuevo *ex nihilo*. Pues aquello que desde la voluntad busca transformarse entra en una suerte de nego-

ciación con el modo de saber hacer establecido desde tiempos, a veces, inmemoriales. Los historiadores que presentan aquí sus trabajos juegan en esas dos dimensiones, otorgándole cada uno de los autores un peso diferente a la experiencia y a la novedad.

Por otra parte y en relación con la dimensión espacial es de hacer notar el rescate de un espacio amplio de circulación de ideas y personas en los trabajos de Pasino y Gallo, que supera aquel enfoque historiográfico tradicionalmente centrado en historizar un ámbito nacional aún inexistente y en rescatar por ende las relaciones al interior de ese territorio nacional. El primero de ellos alude a sucesos españoles referidos desde una publicación inglesa por un español que es leído en Hispanoamérica. De este modo, el trabajo de Pasino tiene puntos de contacto con aquella nueva historiografía que busca establecer conexiones entre un espacio hispano y la formación de la cultura política latinoamericana. Y que ve en ello un proceso que se dispara a partir de la crisis imperial española que afecta tanto a su porción peninsular como a la americana. Por su parte, el trabajo de Klaus Gallo, se ocupa del itinerario que conecta círculos inte-

lectuales y políticos porteños con aquellos europeos que sostenían los lineamientos de los *idéologues* y el utilitarismo, cuyas ideas ocupan un lugar apreciable en la política rioplatense que llevará adelante Bernardino Rivadavia en la década de 1820, quien tendría por laboratorio de ensayos de arquitectura política liberal a la provincia de Buenos Aires.

De este modo, a lo largo de la lectura del libro nos encontramos con cuestiones referidas a *lo político* pero también vinculadas a *la política*. En efecto, la experiencia revolucionaria rioplatense supone el desafío común al mundo occidental de construir órdenes políticos sobre nuevos principios de legitimidad y una nueva legalidad que garanticen la estabilidad. Puesto que la dimensión política no posee el mismo sentido en diferentes sociedades no se trata de un proceso de evolución unívoco. Esto hace que deba atenderse a la experiencia de la diversidad que para el caso supone no desconocer la

particular coyuntura política rioplatense en esta primera década que J. C. Chiaramonte define como de provisoriedad institucional permanente.⁹ Este es el contexto que da sentido a las acciones que los agentes tomados en cuenta por estos trabajos llevan a cabo.

Finalmente, pero no por ello menos importante, es de saludar esta iniciativa producto de una editorial independiente. Si bien es de desear que se cuiden algunos detalles de edición tales como citas bibliográficas incompletas o formato de citas no homologados, éstos no impiden apreciar el tratamiento riguroso, desde diversos registros, de algunos de los problemas historiográficos más actuales que permiten otorgarle nuevos sentidos a la experiencia política del temprano y complejo siglo XIX político.

Gabriela P. Lupiañez

⁹ José Carlos Chiaramonte, *Ciudades, Provincias, Estados. Orígenes de la Nación Argentina*, Buenos Aires, Ed. Ariel, 1997.

LAS SALAMANCAS DE LORENZA. MAGIA, HECHICERÍA Y CURANDERISMO EN EL TUCUMÁN COLONIAL

Judith Farberman, Siglo XXI, Editores Argentina, Bs. As., 2005, 280 pp.

El libro de Judith Farberman se anima al tratamiento historiográfico de un tema clásico del folclore: las salamancas, la hechicería y el curanderismo.

A diferencia de las perspectivas esencialistas, en las que las creencias y las prácticas rituales revelan el ser social y, entonces, prácticas e imaginarios son analizados en registro atemporal, la propuesta de Farberman sitúa el fenómeno bajo estudio en un período histórico determinado —primera mitad del siglo XVIII—, en una determinada sociedad —la de la llanura santiagueña— tucumana.

La investigación indaga en las huellas de acción política expresadas en la constitución de denuncias que derivaron en juicios por hechicería. Los procesos de persecución de mujeres acusadas de ser brujas ocurridos en Santiago del Estero en la primera mitad del siglo XVIII, tienen la peculiaridad de haber constituido de alguna manera una acción sistemática —la autora las llama razzias—, las que según conocemos hasta el mo-

mento, son las únicas en el Tucumán que se expresaron de esta manera. Contrariamente, han sido estudiados procesos alternados en el tiempo en otras jurisdicciones. Junto con las primeras cacerías desde 1715 a 1725, la autora ha analizado otras batidas ocurridas hacía la década de 1760 en Santiago y causas de fines del siglo XVII en San Miguel de Tucumán.

Para aproximar al lector a la comprensión del fenómeno estudiado, la autora introduce el tratamiento con dos capítulos que permiten conocer el mundo social y los procedimientos de los que derivan los documentos estudiados.

El primer capítulo “El mundo de Lorenza”, presenta la geografía y el entramado social en el que suceden los acontecimientos: el río y el monte; la ciudad y los pueblos; feudatarios y tributarios; caciques, alcaldes, pobleros y curas; son entre otros, los temas que desarrolla. Aquí el libro se apoya en las investigaciones previas de la autora, sobre las dinámicas de la población santiagueña y el mun-

do colonial, en particular los procesos de creación y reconstitución de los pueblos de indios desde el siglo XVII y durante el siglo XVIII. Farberman ha trabajado con visitas, empadronamientos, actas parroquiales, que le han permitido situar el tema en un conocimiento profundo del periodo y la región que es importante destacar y caracteriza este trabajo. Sin embargo, el estilo narrativo por el que ha optado la autora, acerca estos estudios a un lector culto, amante de la historia, al esquivar los modismos de las comunicaciones académicas y el estilo propio “de y para historiadores”; así Farberman abre el diálogo con un público más amplio. Antes de la introducción se presenta un mapa jesuítico del Gran Chaco, región en la que está incluida hacía el oeste, Santiago. El mapa, como representación del espacio, tiene la cualidad de introducir sutilmente en otras formas de significar, de pensar, y a mi criterio, ayuda al tránsito de alteridad, en el tiempo y en la cultura, que el libro busca realizar con la fluida prosa sobre un mundo que termina de “reconfigurar” el lector en su imaginación, como diría Paul Ricoeur.¹

¹ Ricoeur, Paul. 2004. *La memoria, la historia, el olvido*. Bs. As. Fondo de cultura Económica.

Los cuadros, dos en todo el libro, si bien contribuyen a organizar la información, intercalan un recurso expositivo diferente del pacto narrativo con el que se inicia la obra.

En el segundo capítulo la autora analiza las redes procedimentales de la producción de los juicios de hechicería que sustentan gran parte del estudio, en sus palabras, “[...] quienes formaron los interrogatorios, pensaron y mandaron a escribir los autos, decidieron cuestiones tan delicadas como la aplicación de tormentos o la sentencia a la pena capital y de un modo u otro influyeron en las respuestas de las reas.”

En los tres capítulos subsiguientes Farberman se zambulle de lleno en el mundo mágico de las salamancas, hechiceras y curanderos. El tercer capítulo “De enfermedades y muertes mágicas” reconstruye un perfil de hechiceros y víctimas, desarrolla el tipo de síntomas que delataban la presencia de acciones de brujería y el puente social e imaginario entre las orillas del actor maléfico y el receptor doliente, los borrosos límites de los adivinos y curanderos. En el último apartado, Farberman se separa de la fenomenología e ingresa a la pragmática de las prácti-

cas mágicas y las denuncias al analizar hechicería y alteridad.

El capítulo cuarto, desarrolla el tema de las salamanca. Como conocemos, las mentalidades son estructuras de muy larga duración, que los cambios económicos, políticos y sociales, apenas corroen, transforman, silencian, apabullan; se mantienen en la trasmisión intergeneracional oral, gestual, en la memoria declarativa y en la “actuación” de los miedos y temores. El folclore le otorga una expresión canónica, no sin variaciones y ambigüedades, que cumplió y cumple la función, por perceptiva racionalista, de separar del cuerpo de creencias “actuales”, desde su aparición en el siglo XIX, como forma de distanciamiento de los saberes “cultos” y “populares”, en su origen europeo y en sus epígonos americanos. A pesar de su tratamiento reverencial, el folclore al incluirlo en sus dominios produce una operación simbólica que separa al hombre y a la mujer urbanos de antiguas creencias rurales-criollas-mestizas-indias. La función es necesaria, por que las prácticas mágicas de raíz colonial no han dejado de estar en la puerta de las ciudades, en los barrios de los bordes y orillas: ahí se buscan todavía los intermediarios cuando los males acechan y si no

se halla consuelo se viaja al campo. En Tucumán, aún hoy mucha gente busca curanderos e intermediarios en la zona de las Termas de Río Hondo, ya iniciando la deriva del Río Dulce, además de nuevas creencias mágicas que, como en la época que analiza Farberman, conforman un mundo de ideas de diferentes procedencias pero que conviven y se articulan en un intercambio y mezcla incesante. La originalidad de este libro radica en el rastreo de las salamanca antes de que los folcloristas las delinearan, en palabras de la autora: “[...] privilegiamos el estereotipo que emerge de las confesiones de las reas en los procesos del siglo XVIII”.

Así se ubica la emergencia de ceremonias rituales, nombradas salamanca, en la declaración de una mujer bajo tortura, testimonio con la marca del interrogador y con las señales de su violencia. Centrándose en las declaraciones —no todas nombran los bailes y encuentros como salamanca— pero correctamente, la autora ve en ellos la práctica social que se combatirá y se estigmatizará, o se expondrá desafiante como Salamanca. Los documentos no permiten conocer como se asociaron esos los bailes rurales a la cueva hispana.

Estas fiestas en su versión santiagueña-tucumana colonial, recorren otro camino vinculado con las fiestas de recolección de la algarroba, a los que asistían gente de tradiciones muy variadas y entre otras actividades se intercambiaban objetos y rituales mágicos-religiosos. Sea como fuere, el poderoso nombre de salamancas fue aceptado y aún hoy nombra en el noroeste argentino una poderosa fuente de poder, diabólico.

En mi criterio, el punto fuerte de este libro lo constituye el hecho de presentar a través de un estudio particular, la formación de una cultura mestiza en el territorio del actual noroeste argentino, que se expresa en los imaginarios, prácticas mágicas y curativas. El tema del mestizaje cultural, no había tenido en los estudios coloniales de la antigua Gobernación del Tucumán un tratamiento que superara las generalidades. Las prácticas sociales bajo análisis permiten conocer como en el mundo de las creencias se formó una cultura autónoma, en la que convergieron elementos culturales europeos, el mito de la cueva de la Salamanca, con prácticas prehispánicas del actual territorio santiagueño y tradiciones diversas de los Andes, el Chaco y la cultura afroamericana. Creencias que no se expresaban sólo en los márgenes, ahí estaban los acusados de

prácticas diabólicas, pero las creencias eran vividas como reales tanto en el campo como en la ciudad de Santiago del Estero, por subalternos y notables, aquí es posible comprender lo propuesto por Serge Gruzinski en el sentido de que el mestizaje no se expresó como un fenómeno marginal en la América colonial, sino que fue central e involucró al conjunto social.² Así el análisis del mestizaje se desplaza del tratamiento como hecho puramente biológico, se desliza de la noción de sujetos productos de la mezcla biológica, noción que connota muy pesadamente al término, como también, advirtió Gruzinski, por su implementación en la discriminación social.

Por otro lado, este estudio de emergencia de prácticas culturales, también se aleja de otros de los sentidos extendidos de la noción de mestizaje, tal como el de la superación relativamente armónica de las diferencias. El contexto violento no puede ser obviado, ni tampoco los juicios y los tormentos que sufrieron las mujeres acusadas. Farberman ha explicado la emergencia de las persecuciones sistemáticas por el profundo mestizaje que generó confusión social, remitiéndose a Mary Douglas. La peculiaridad de este proceso de persecuciones constituye un avan-

² Gruzinski, Serge. 2000. *El pensamiento mestizo*; Madrid, Piados. Pp. 39-63.

ce en la producción de conocimientos en sí. En el desarrollo del libro convergen otras explicaciones de las particularidades de la coyuntura en la región que acercan a una comprensión de la atmósfera de una vida cotidiana jaqueada por la expansión de pueblos guaycurúes. En el diálogo de los estudios coloniales, la reciente publicación – posterior a la que analizamos– de las Actas del Cabildo Eclesiástico por el equipo dirigido por Silvia Palomeque³ y el artículo de esta autora, que entre sus consideraciones apunta a la competencia interétnica de recursos naturales, pueden pensarse también como elementos en la pluralidad de aspectos que estimularon la exasperación social que expresaron las persecuciones.

Por otra parte, “Las salamancas de Lorenza” trasciende los márgenes

de los intereses de los historiadores profesionales, y del lector curioso; su lectura puede ser muy sugerente para profesionales de otras disciplinas. En particular en el capítulo tercero “De enfermedades y muertes mágicas”, la autora al reconstruir síntomas físicos que expresarían de la presencia del “daño” o “maleficio” establece un conocimiento que puede ser punto de partida, según aprecio de alta fertilidad, para indagaciones sicoantropológicas, antropológicas o del campo de la medicina, atendiendo a la larga duración de las mentalidades y a la trasmisión intergeneracional de la memoria del cuerpo.

Estela Noli

³ Palomeque, Silvia. 2005 (Directora) *Actas del Cabildo Eclesiástico. Obispado del Tucumán con sede en Santiago del Estero, 1592-1667*: Córdoba. Programa de Historia Regional Andina, Área de Historia del CIFYH-UNC y “Santiago del Estero y el Tucumán durante los siglos XVI y XVII. La destrucción de las tierras bajas en aras de la conquista de las tierras altas” pp. 45-76.

MISIONES, ECONOMÍA Y SOCIEDAD. LA FRONTERA CHAQUEÑA DEL NOROESTE ARGENTINO EN EL SIGLO XIX

Ana Teruel, Bernal, Editorial de la Universidad de Quilmes, 2005, 152.pp

Este libro constituye una versión modificada de la tesis doctoral presentada por la autora en 1999. Se vertebra en una introducción y dos grandes unidades: *Hombres y tierras de frontera* y *las misiones franciscanas*.

En la introducción se abordan los aspectos conceptuales y se sitúa el territorio objeto de estudio. Los conceptos de región y de frontera conforman la puerta de entrada a partir de la cual se efectúa el análisis. Ese abordaje le permite a la autora escapar de las rigideces que a veces imponen las fuentes. Puede, así, eludir los problemas que entrañaban otros estudios similares, cuyos análisis se centraban en las provincias o en alguna otra unidad de tipo político.

El Chaco, que ocupa según Teruel el oriente de las provincias de Salta y de Jujuy es, en el siglo XIX, un área de frontera en la cual confluyen las poblaciones blanca e indígena. La convivencia entre ambas sociedades es a veces pacífica, pero también, muchas ve-

ces conflictiva. Es que esas sociedades tienen formas muy diferentes de mirar el entorno que las rodea, un hecho que es resaltado insistentemente en este trabajo. Una noción tan básica como la propiedad de la tierra para la población blanca —para citar un ejemplo— es desconocida para los indígenas. Diferencias de ese tipo son las que generan la tensión, tan propia de esta área de frontera.

La primera de las grandes unidades, referida a *hombres y tierras de frontera*, se divide en cuatro capítulos: la frontera chaqueña; hombres y mujeres de frontera; tierras de frontera y las transformaciones de las últimas décadas del siglo XIX y comienzos del XX. Se muestra aquí de que manera se fue conformado la región, desde la época de los Borbones hasta las primeras décadas del siglo XX.

Utilizando fuentes a veces escasas y cuya disponibilidad no es uniforme, ni en el espacio ni en el tiempo, la autora reconstruye los caracteres de las sociedades allí

presentes. Las diferencias son notorias: mientras que hacia el sur de la región, donde la ocupación de la población blanca ha sido más temprana, la frontera reconoce cierto grado de estabilidad; hacia el norte lo que prima es la inestabilidad. Pero tanto en el norte como en el sur, las relaciones que se establecen son desiguales; la población indígena se encuentra en gran medida sometida a las condiciones que impone la población blanca. Lenta, pero inexorablemente, la forma de ver las cosas de esa sociedad es la que se impone y otorga su sello al espacio. Los indios son, en gran medida, desplazados hacia áreas cada vez más desfavorables desde el punto de vista natural y son empleados de manera coercitiva como peones en las haciendas que se van conformando. Los apellidos ilustres de Salta (no ocurre en la misma medida con los de Jujuy), son los poseedores privilegiados de la tierra y los que se benefician con semejante reserva de trabajadores.

A fines de siglo, la frontera se ha corrido de manera notable; los indios son desplazados nuevamente, y las tierras así obtenidas, vendidas en remate u otorgadas a los militares responsables de las campañas contra el indio.

En la segunda de las grandes unidades se analiza el papel que

desempeñaron las misiones franciscanas en el intento de asimilación y disciplinamiento de la población indígena. El papel de estas misiones fue bastante limitado y los resultados obtenidos bastante pobres. Las fuentes documentales que dejaron los padres franciscanos presentan una gran riqueza que ha sido explotada convenientemente por Teruel.

Debe decirse, sin embargo, que resulta forzada la conexión entre estas grandes unidades y que bien podría haberse incluido el papel de las misiones dentro del análisis de la primera unidad, sin que por ello se desmerezca la calidad de la investigación.

Pero en definitiva, el análisis del Chaco, sector considerado casi como periférico en el Noroeste Argentino desde esta perspectiva, ayuda a completar la visión que se ha construido de la historia y del espacio regional y abre nuevos interrogantes acerca de cómo se fue configurando el territorio del Noroeste Argentino a lo largo del tiempo; pregunta que no es menor en estos tiempos en que prima la búsqueda de las identidades locales en un contexto de globalización.

Pablo Paolasso

ROSAS, ESTANCIERO. GOBIERNO Y EXPANSIÓN GANADERA

Jorge Gelman, *Claves para todos*, No. 23. Buenos Aires, Capital Intelectual, 2003. 96 pp.

La colección “Claves para todos” dirigida por el Dr. Jose Nun fue pensada con el objetivo de entregar a lectores no especializados, distintas temáticas sociales y políticas. Como el mismo Nun comentaba, “uno de los criterios centrales de edición es despojar a los textos de toda jerga académica, para que la lectura sea lo más sencilla y amplia posible”¹. Para esta empresa fueron convocados especialistas de distintas disciplinas: sociólogos, historiadores, economistas, politicólogos, geógrafos, etc.

En *Rosas, estanciero. Gobierno y expansión ganadera*, Jorge Gelman presenta una visión de los más recientes avances historiográficos sobre las características de la producción agropecuaria y del sistema político desarrollados durante el rosismo, entre los que se incluyen, de manera destacada, sus propias investigaciones. Con

un estilo sumamente claro y una selección muy apropiada de documentos inéditos el autor propone al lector un acercamiento al conocimiento de la estructura de la producción agropecuaria en la primera mitad del siglo XIX a través de un estudio de caso: el emporio rural de Juan Manuel de Rosas. La idea central que se desarrolla a lo largo del libro es que la expansión agropecuaria y los esfuerzos de los productores rurales para producir cambios en sus establecimientos (vinculados a la consolidación de los derechos de propiedad y a la utilización de los recursos de tierra y mano de obra) se enfrentaban permanentemente con dos obstáculos: el empeño estatal por extender su dominio sobre un territorio que se va expandiendo y la capacidad de resistencia de los trabajadores rurales.

El libro se inicia con un prólogo donde el autor recoge, en una apretada síntesis, las principales reinterpretaciones historiográficas sobre el rosismo las que, descartan-

¹ Entrevista en *Página 12*, Cultura del Miércoles, 22 de Diciembre de 2004.

do la centralidad de los aspectos coercitivos del mismo, ponen un mayor énfasis en el análisis de los “mecanismos consensuales utilizados por el régimen para construir su legitimidad e imponer la autoridad” (p. 11). Se trataría entonces de una etapa marcada por la negociación fundada en la necesidad de resolver la crisis política y social que se arrastraba desde la caída del orden colonial. Una de las claras limitaciones de los gobiernos pos revolucionarios por lograr una legitimidad indiscutida se hallaba en la incapacidad que habían mostrado por incorporar a los sectores populares que habían ingresado a la vida política desde el proceso independentista. Según el autor, fue precisamente Rosas quien logró encauzar dicha presencia valiéndose para ello de su experiencia como propietario rural. En este punto se cruzan los dos caminos analizados en el texto: el de un Estado que debió tener en cuenta la presencia activa de estos sectores, y el de un ámbito rural donde la persistencia de productores medios y humildes derivó en una constante negociación y discusión sobre las condiciones de producción que se reflejó en la tensión entre las nuevas normas que se intentaban establecer y las prácticas asentadas en el mundo rural y

que gozaban de una fuerte legitimidad.

Si bien en los capítulos uno a cuatro el énfasis está puesto en las transformaciones económicas pos revolucionarias y en las características de la expansión ganadera, constantemente se cruza el accionar de los actores económicos con la de una estructura estatal que intenta imponer nuevas normas, estrategia que es utilizada por el autor para explicar los apoyos y límites que encontraron los productores agropecuarios en sus actividades. En el primer capítulo Gelman refiere las transformaciones que se produjeron en la economía bonaerense con la crisis y posterior caída del régimen colonial. Se presenta así la imagen de un campo en donde la propiedad privada de la tierra no estaba generalizada; donde existía un sector importante de pequeños y medianos productores que, basados en la utilización de mano de obra familiar, diversificaban su producción en función de distintos mercados: el abasto urbano, el mercado altoperoano y en ciertos casos, la exportación de derivados pecuarios. Al lado de estas unidades se hallaba un pequeño grupo de grandes productores que contaban con mano de obra asalariada y esclava, pero que, en casos

de necesitar mayor cantidad de trabajadores, recurría a agregados o pobladores, formas de trabajo asentadas básicamente en mecanismos de reciprocidad. Cuando las elites que durante la colonia se encontraban claramente volcadas al comercio altoperuano comenzaron a mostrar un mayor interés por la producción rural con miras a la exportación de productos pecuarios, no pudieron soslayar esta estructura agraria donde “aun en los casos de existencia de propiedad privada con títulos legales se trataba de una propiedad condicionada por derechos y costumbres” (p. 17). Es en ese momento cuando el interés por la expansión territorial evidenciado desde la década anterior por el avance espontáneo de los pobladores tomará un carácter oficial a través de las campañas militares enviadas por el gobierno que cristalizan con el establecimiento del fuerte Independencia en 1823.

El estudio puntual de las estancias de Juan Manuel de Rosas, a quien Gelman reconoce como uno de los mayores propietarios de la provincia pero, a la vez, representativo de las estrategias productivas del grupo al que pertenece, será el mirador desde donde el autor analizará esta historia. Lue-

go de un relato sobre la formación de su inmenso capital rural y la orientación económica de cada unidad en función a la cercanía de variados mercados: abasto urbano, exportación de derivados pecuarios, salazón de carnes, el autor se introduce en otro de los temas centrales del trabajo: las dificultades de los empresarios rurales por establecer un mercado libre de trabajo que permitiera una oferta regular de trabajadores.

Así, desfilan a lo largo de los capítulos tres a cinco, las diferentes opciones que tuvieron los empresarios para obtener mano de obra: los pobladores y los peones de campo. Los primeros se hallaban vinculados al propietario de la tierra mediante mecanismos de reciprocidad por el cual el poblador obtenía la posesión de un pedazo de tierra y el propietario fuerza de trabajo con la que podía contar en caso de necesidad a la vez que utilizaba a esos ocupantes como una forma de delimitar sus propiedades y evitar la introducción de extraños. En la descripción de esta relación, el autor pone el énfasis en las mayores ventajas que obtendría el poblador: mientras el propietario debía resignar la producción directa de parte de sus tierras, algunos de estos personajes

podieron experimentar un ascenso social a través de sus actividades rurales.

Los peones de campo constituían el otro tipo de fuerza de trabajo con que contaba el productor rural. En contraposición a la visión tradicional que asegura un proceso de disciplinamiento sobre esta población mediante el despliegue del aparato estatal —a través de la acción de los jueces de paz y del reclutamiento militar— que habría llevado a la sumisión de los trabajadores con respecto a los propietarios que actuaron como sus protectores, actualmente se acepta el fracaso del ejército como instancia disciplinadora y la persistencia de población campesina reticente a entrar de manera plena en el mercado laboral. En este contexto que habla de una fuerte escasez de mano de obra y ante la disminución de las que, hasta entonces, habían sido las fuentes principales de peones — los migrantes internos y los esclavos—, Rosas intentó desarrollar, con escaso éxito, formas coactivas de trabajo²: los indios cautivos y peones gallegos.

² Gelman, J., «El fracaso de los sistemas coactivos de trabajo rural en Buenos Aires bajo el rosismo. Algunas explicaciones preliminares», *Revista de Indias*, 215, Madrid, 1999, pp 123-141.

Los primeros entregados al estanciero-gobernador por los “indios amigos” asentados en la campaña y los segundos contratados por el mismo Rosas quien corría a cargo de los gastos del traslado los que, a su vez, se iban descontando de los sueldos. En ambos casos, estos trabajadores tendieron, con el tiempo, a desarrollar estrategias laborales que les permitieron equipararse en cuanto a salario y condiciones de trabajo al resto de los trabajadores rurales.

Estas estrategias laborales de los peones rurales habrían llevado a un indudable incremento salarial desde mediados de la década de 1840. Pero Gelman no se limita a marcar este relativo éxito de los trabajadores sino que trata de establecer cuál fue el impacto que tuvo el aumento de los salarios tanto en el bolsillo de los trabajadores como en la rentabilidad de la empresa agraria. En el primer caso estaría hablando de una fuerte resistencia de los trabajadores a contratarse por bajos salarios en un contexto de marcado deterioro de su nivel adquisitivo debido a las alzas experimentadas en los precios de algunos alimentos desde fines de la década de 1830. Visto desde la rentabilidad empresarial, el autor relaciona el gasto salarial, parte sustancial de los costos de

producción, con los precios de exportación y llega a la conclusión de que exceptuando algunos momentos críticos —como los bloqueos— y otros de bonanza “la situación de los grandes estancieros no resulta demasiado floreciente por una combinación de factores que incluyen, sobre todo, los conflictos externos que enfrentó el gobierno de Rosas. Pero, también ... debido a la fuerte resistencia que ejercieron los trabajadores rurales” (p. 69).

Finalmente, en las conclusiones, el autor retoma las líneas generales del ensayo y, de manera circular, vuelve a detenerse en las características del estado rosista. En apretada síntesis, el autor retoma los nuevos planteos historiográficos sobre el período en los que, además de los propios, se puede observar el reconocimiento a los trabajos de Garavaglia y Fradkin sobre la características de la estructura judicial provincial y la persistencia de las prácticas rurales; de Salvatore acerca de los límites de los sectores subalternos a los intentos de disciplinamiento

estatal; de Ternavasio en torno del mantenimiento, aunque con claras modificaciones, del sistema electoral del período rivadaviano; de Myers sobre la adopción de un discurso republicano, y de la autora de estas líneas con respecto a la relación con los grupos indígenas. En todos estos ámbitos la estrategia clave de Rosas fue la negociación. Negociación con los sectores dominantes, con los sectores subalternos en donde podríamos incluir a los indígenas y a las naciones africanas, con los gobernantes provinciales.

En un momento en que la divulgación histórica ha cobrado un fuerte tinte mediático tendiendo a reemplazar la explicación de los procesos históricos por el relato de una serie de anécdotas pintorescas, el libro de Jorge Gelman es un ejemplo de cómo se puede hacer un trabajo de divulgación científica sin que ello signifique resignar la calidad académica.

Silvia Ratto

LAS FERIAS RURALES EN LA PROVINCIA DE TUCUMÁN

Günter Mertins y Pablo Paolasso, Marburg-Tucumán, Tucumán, 2005, 98 pp.

El libro que comentamos es un informe sobre una investigación realizada por los autores, entre 1998 y 2000, en el marco de un convenio de cooperación científica entre el Instituto de Estudios Geográficos de la Universidad Nacional de Tucumán y la Philipps Universität Marburg, de Alemania.

Con un abordaje encuadrado en una Geografía Social moderna, los autores han logrado generar conocimientos cualitativos acerca de las ferias rurales tucumanas, sus estructuras, funciones económicas y sociales, así como sobre los actores que intervienen en ellas.

Esta aportación amplía la información científica disponible en la academia sobre estos mercados semanales, porque la investigación ha sido orientada por un adecuado marco teórico, la correspondiente metodología y una correcta enunciación de objetivos y formulación de hipótesis. La teoría ha sido bien adaptada a la realidad tucumana.

La zona estudiada está ubicada en la llanura tucumana, desde la Ruta Nacional 38 hacia el E-SE.

El estudio ha relevado en ese territorio, que arranca desde la zona cañera y avanza hacia un espacio con otras condiciones ambientales y otro tipo de producción, 30 ferias de diferente importancia cualitativa y cuantitativa en términos de la cantidad de puestos y la variedad de productos ofrecidos. Participan en estos eventos conjuntos de oferentes y demandantes de diverso origen y con distintos intereses en juego, de ahí que su correcta identificación otorga riqueza a la investigación. Así, los comerciantes son clasificados por los autores en dos categorías principales: los ambulantes y los oferentes de productos propios. Los primeros, claramente dominantes por su número y volumen de negocios, son urbanos, provienen en su mayoría de San Miguel de Tucumán y su función es comprar y vender, generando un excedente (rentabilidad) lo más amplio posible. Son agentes insertos en el sistema de reglas capitalistas.

Los segundos representan, en cambio, la parcial vigencia de pau-

tas de antigua raigambre campesina, generadas en marcos de economías de subsistencia que van siendo gradualmente desestructuradas por el sistema económico-social dominante. Se trata, en este caso, de pequeños productores de hortalizas (en rápida disminución) o de ciertos bienes elaborados artesanalmente sin superar la escala doméstica (dulces, quesos) y animales de granja. Sin embargo, los productos artesanales (caseiros en la denominación de los autores) pueden tener otro significado si buscamos establecer una relación, aunque sea tenue, con la trajinada globalización. Como sabemos, ésta se caracteriza —entre muchas otras cuestiones— por la producción de bienes pensados para franjas de mercado no masivas. Aunque este aspecto no formó parte de los objetivos de la investigación, en el futuro debería indagarse si estos productos artesanales, por su personalidad y su valor agregado, podrían ser considerados como bases para la construcción de un nicho de mercado al cual dediquen su actividad los pequeños productores para no desaparecer. Por supuesto, no estamos pensando en elaboraciones para un mercado “global”, pero este tipo de producción casera, bien dirigida, podría contribuir a in-

crementar los ingresos monetarios de estos productores-comerciantes o productores-feriantes y, también, a ampliar el mercado desde el ámbito local.

Una cartografía bien elaborada guía al lector por el territorio de las ferias, el número de puestos y oferentes, las zonas de influencia de las más importantes y, con un cambio de escala, permite conocer la disposición espacial de estos mercados y los grupos de bienes que se comercializan. Asimismo, otras cartas presentan un panorama claro del modo en que muchos de los pequeños productores usan sus parcelas.

El capítulo 6, dedicado a las funciones que cumplen, reafirma la trascendencia económica y social que conservan estos mercados para los pequeños productores, aun cuando estos agentes estén en franca disminución, ya que sus ingresos provienen, entre un 50 y un 70%, de su actividad como feriantes. En cambio, en la función turística (confirmado por la cartografía) se evidencia la escasísima participación de estos productores y comerciantes y el dominio, casi absoluto, de aquellos agentes de la intermediación provenientes de otros puntos de la provincia, especialmente de la capital. Resulta obvio que San Miguel extiende la

sombra urbana y su influencia sobre la zona estudiada.

Por otra parte, las funciones turísticas realimentan en las ferias mayores (Simoca, por caso), el positivo impacto económico a través de los mayores ingresos fiscales por tasas cobradas a los comerciantes (aplicadas a mejoras en la infraestructura) y los puestos de trabajo que, aunque temporarios –y probablemente mal pagados- mejoran el ingreso de la población estable. Una consolidación de estas ferias sería un aporte de magnitud, entre otros necesarios, a la disminución de causas o factores que promueven la emigración de pobladores expulsados por la pobreza, la falta de oportunidades laborales y la escasa o nula promoción social del Estado.

Pero estas ferias no se agotan en cuestiones económicas o turísticas, sino que, como muestran los autores, tienen un papel relevante como espacios sociales de comunicación e intercambio de información, particularmente en aquellas zonas caracterizadas por un cierto aislamiento físico y un hábitat disperso predominante.

Una clasificación de las ferias, definidas por los autores como lugares centrales básicos –concepto que hubiera merecido una mayor fundamentación–, establece di-

versas jerarquías. En efecto, su importancia decrece de oeste a este en respuesta a una realidad geográfica que cambia con los sistemas productivos, desde la zona azucarera, densamente poblada, en el oeste del espacio estudiado, pasando por las transiciones agrícolas que la separan de las áreas del este, con monte natural, actividad ganadera extensiva y agricultura de subsistencia con hábitat muy disperso.

Desde nuestro interés, resultan particularmente atractivos los capítulos 7 y 8. El primero procura establecer la importancia de las ferias para los pequeños productores; y ofrece un panorama sobre el tamaño de las explotaciones, los usos del suelo, las formas que adquiere la producción agraria y la infraestructura disponible. Entre esos productores, los investigadores incluyen propietarios y puesteros. Estos últimos reciben pequeñas parcelas para cultivar del propietario de las explotaciones grandes, donde trabajan de modo permanente o temporario. Todos estos pequeños productores requieren ingresos extraprediales.

El capítulo 8 está, precisamente, dedicado al trabajo extrapredial y, además, a la emigración, con su secuela de abandono de explotaciones y viviendas, envejecimien-

to de la población y empobrecimiento generalizado. Del análisis de los autores surge la identificación de zonas periféricas en las que la pobreza (extrema) domina en los grupos sociales locales.

Estos capítulos finales debieran haber merecido, por la relevancia de los temas tratados, una mayor extensión, a la vez que ciertas precisiones conceptuales, el agregado de información metodológica y cuantitativa y la eliminación de algunas generalidades. En este sentido, ignoramos el número de encuestas realizadas y las preguntas formuladas; y aunque los autores dicen que los resultados de esas indagaciones los han reunido e interpretado “de manera cualitativa-descriptiva”, lo cierto es que el lector, sobre todo el académico, está imposibilitado de verificarlos.

En el plano conceptual, nos parece que términos como tradicional, empleado para mencionar modos de explotación agrícola, o precaria, para referirse a situaciones socio-económicas, merecen una definición que evite caer en imprecisiones. El párrafo del que tomamos estos términos (pp.71 y 75) contiene, además, ciertas vaguedades que restan valor a la ca-

lidad del trabajo porque carecen de un punto base que obre como referencia (“mayores dimensiones”, “muchas veces”, “en ocasiones”).

Hubiera sido importante, también, establecer fehacientemente cuál es el origen de los actuales pequeños productores (p. 77) en lugar de basarse en una comunicación personal, por más calificada que sea la fuente.

Como esta investigación se hizo cuando comenzó la última recesión que padeció el país (1998) y concluyó antes de la gran crisis económico-social y político-institucional de diciembre de 2001, sería pertinente realizar un nuevo relevamiento a la luz de las actuales condiciones políticas, económicas y de las acciones de promoción y/o contención social. Esta sugerencia para el futuro posibilitaría establecer si los pequeños productores-feriantes desaparecieron, se redujeron a su mínima expresión o si, por el contrario, han resurgido, la emigración se ha desacelerado o desaparecido y la pobreza ha decrecido.

Rodolfo Richard-Jorba

ENTENDIENDO EL AGRO. TRAYECTORIAS SOCIALES Y REESTRUCTURACIÓN PRODUCTIVA EN EL NOROESTE ARGENTINO

Carla Grass, Buenos Aires, Editorial Biblos, 2005, 207 pp.

Los resultados presentados en esta obra constituyen un importante aporte al conocimiento del funcionamiento y transformación de los complejos agroindustriales de las regiones extrapampeanas. Se trata particularmente del estudio de la génesis y consolidación de la agroindustria tabacalera en la provincia de Tucumán, la que a fines del siglo XX muestra significativos cambios estructurales como consecuencia de las transformaciones económicas e institucionales desarrolladas en Argentina (desregulación de la economía, apertura al exterior, flexibilidad laboral, entre otras).

El eje central que orienta el trabajo está dado por la articulación de la estructura productiva tabacalera con el complejo agroindustrial, presentado en el contexto de las transformaciones del capitalismo contemporáneo y particularmente del agro argentino atendiendo principalmente la intensificación del capital en las unidades de produc-

ción. En este sentido, la obra mantiene una estructura sólida y muy significativa desde el punto de vista teórico y metodológico.

El libro está organizado en ocho capítulos cuya organización va mostrando de manera articulada los procesos de conformación y desarrollo del complejo agroindustrial tabacalero de Tucumán. El primer capítulo está destinado a las cuestiones teóricas que encierran los complejos agroindustriales (CAI). A partir de un análisis de gran rigor científico la autora presenta temas relevantes tales como el proceso de integración agroindustrial y su relación con la expansión del capitalismo sobre el agro, los mecanismos de integración agroindustrial, es decir las formas que asumen las relaciones entre las unidades de producción agrícolas y las empresas procesadoras y los efectos que estas conexiones generan en el CAI y en las unidades de producción agraria. Por último, también se atiende

a la perspectiva de la movilidad social abordada desde la perspectiva del sujeto agrario como actor social que mantiene una posición estructural a partir de la cual moldea todas sus acciones.

En los siguientes capítulos el lector transita por un extensa y rica descripción sobre el funcionamiento del complejo tabacalero tucumano, indicando las particularidades que presentan cada uno de los actores que integran el CAI, es decir, los productores, las cooperativas, las empresas de cigarrillos, el fondo especial del tabaco y también el papel de los *dealers* en el comercio del tabaco preindustrializado en el contexto del mercado mundial. Así, el texto nos va introduciendo también en el análisis de las unidades de producción tabacalera durante la década del '90, centrándose en el comportamiento de la producción, del comercio mundial y los mecanismos que llevan a la articulación de la producción agraria con el CAI tabacalero tucumano.

Finalmente, en los cuatro últimos capítulos, muy bien presentados desde el punto de vista teórico y empírico, Grass incorpora el análisis de la estructura agraria tabacalera tucumana, cuyos resultados proceden de un riguroso trabajo de campo sustentado en la

implementaron de una encuesta y en diversas entrevistas desarrolladas durante la campaña 1989/90; además, se observa un importante análisis cuantitativo y cualitativo reforzado con datos secundarios.

La presentación de la estructura agraria emerge de una tipificación lograda por la autora, donde se visualiza la existencia de una estructura heterogénea, en la que prevalece la presencia de los pequeños productores minifundistas (con explotaciones que no superan las 5 ha) y con diferenciaciones internas según sea la intensidad de la relación tierra-capital. En este contexto, los resultados del análisis cuantitativo expresan la presencia de tres tipos sociales agrarios: los campesinos (65,5%), los familiares capitalizados (29,9%) y los empresarios (5,5%), cuyas características, transformaciones y articulaciones la autora va mostrando de manera individual. Los rasgos más destacados de esta parte de la obra son la presentación de los cambios de las unidades productivas agrarias en relación con los cambios de mercado y el incremento de la capitalización en el conjunto del complejo tabacalero, y por otro lado, el tema de la movilidad social reflejado a través de las trayectorias de los ac-

tores involucrados en cada estrato analizado. Aquí aparece el tema de la multiocupación o pluriactividad en el estrato de los familiares capitalizados como estrategia social que permite entender la persistencia de estos actores ante situaciones de crisis o inestabilidad de la actividad; asimismo, la diversificación productiva constituye una estrategia de los empresarios y se centra en las actividades agropecuarias.

Finalmente estamos ante un libro que nos brinda la oportunidad de conocer el proceso histórico de una actividad de gran valor econó-

mico y social para la provincia de Tucumán y para la región del Noroeste Argentino. Particularmente su valor reside en el equilibrado juego que mantiene la autora entre la teoría y el trabajo empírico; éste último muestra el fluido contacto que ella ha mantenido con la realidad agraria tabacalera de Tucumán, como también el fuerte compromiso asumido con la investigación.

Ana Isabel Rivas

LA GENERACIÓN DEL CENTENARIO Y SU PROYECCIÓN EN EL NOROESTE ARGENTINO (1900-1950)

Centro Cultural Alberto Rougés, Tucumán, 2006, 474 pp.

En este libro se compilan los trabajos presentados en las VI Jornadas “La Generación del Centenario y su proyección en el Noroeste Argentino (1900-1950)” organizadas por el Centro Cultural Rougés de la Fundación Miguel Lillo y llevadas a cabo en San Mi-

guel de Tucumán en octubre de 2005. La realización de estas Jornadas es una muestra del interés por impulsar los estudios sobre el pasado local y regional. En el curso de los últimos años, sus organizadores vienen promoviendo la conformación de este espacio de

diálogo y discusión en torno a la temática de la generación del centenario. Al mismo tiempo, se presenta como un ámbito propicio para que jóvenes investigadores presenten sus avances y den sus primeros pasos en las disciplinas respectivas, ocupándose de los importantes vacíos que todavía presenta la historiografía en sus aspectos culturales, políticos, económicos y sociales.

La compilación es precedida por un prólogo a cargo de Gregorio Caro Figueroa, quien advierte de la necesidad de “una puesta al día de la cuestión regional”. Ante la amenaza de “fragmentarios enfoques localistas”, reivindica la publicación como un esfuerzo orientado a hacer interactuar distintas temáticas y disciplinas. Justamente resalta una de sus principales características: el amplio espectro disciplinario presentado, dentro del cual prevalecen los enfoques realizados desde la historia.

El lector se encuentra, a primera vista, con cuarenta y seis trabajos, referidos a temas muy diversos. Los cincuenta y tres autores que participan en esta compilación provienen de las distintas provincias del Noroeste, aunque con un claro predominio de autores y temáticas alusivas a la provincia de Tucumán.

Para organizar la exposición de tan variados intereses, las compiladoras, Elena Perilli y Elba Estela Romero, han estructurado el libro en tres áreas: “Política y Economía”, “Sociedad y Cultura” y un área específica denominada “Temario Especial”.

La sección “Política y Economía” consta de trece trabajos que abordan temas como la cultura política tucumana, la cuestión obrera, el Centro Azucarero Argentino e incluso un trabajo historiográfico a cargo de Adriana Marisa Olivera titulado “Relecturas del peronismo. Una mirada crítica desde el norte del país”.

En el área “Sociedad y Cultura”, donde se incluye el mayor número de trabajos (veintitrés), es donde se hace más evidente la diversidad temática y disciplinaria. Existe, de todos modos, un claro predominio de estudios que abordan la vida y obra de personajes. Entre estos numerosos trabajos de tinte biográfico encontramos información sobre Elmina y Benjamín Paz, sobre el periodista León Rosenvald, sobre la obra de Rita Pérez de Bertelli, del arqueólogo Carlos Rodolfo Schreiter, Amalia Prebisch de Piossek, Arturo Oñativia, entre otros. Por otro lado, se encuentran interesantes trabajos referidos a la Sociedad Sar-

miento, autoría de Marcela Vignoli y María Claudia Ale; o estudios sobre las políticas de salud pública y las sociedades mutuales a fines del siglo XIX realizados por María Estela Fernández y Alejandra Landaburu, respectivamente.

Finalmente, en la sección “Temario Especial” se incluyen los trabajos que no están comprendidos en las delimitaciones temáticas anteriores. Aparecen aquí estudios particulares como el dedicado a una recopilación bibliográfica de topónimos en lengua indígena de la profesora de quechua Eloísa Cáceres de Olea. Cabe destacar los estudios que contrastan con las biografías de personajes renombrados. Entre ellos podemos mencionar el de Nélide Beatriz Robledo o el de Cinthya Folquer “Se oye decir... Apuntes para comprender la experiencia religiosa en Chaquivil”. En este último, la autora pretende rescatar “la mirada de los actores sociales a los que se les

ha asignado un papel menor en el drama de la historia, personas que fueron consideradas sin historia”. Se trata de una investigación basada fundamentalmente en fuentes orales y que, desde un diálogo interdisciplinar, es una clara muestra de cómo en este libro confluyen distintas formas de encarar la escritura de la historia.

En síntesis, la publicación de estas actas constituye un valioso esfuerzo por llevar a cabo el tan necesario intercambio entre los estudiosos preocupados por la historia provincial y regional, que despierta cada día mayor interés. Sin embargo, aún queda un largo camino por recorrer en la construcción de una historia rigurosa y crítica de la región. El desafío es mantener este espacio y crear otros nuevos en la misma dirección.

Lucía Santos Lepera

EL MOSAICO ARGENTINO. MODELOS Y REPRESENTACIONES DEL ESPACIO Y DE LA POBLACIÓN, SIGLOS XIX Y XX

Hernán Otero, *Siglo Veintiuno de Argentina Editores*, octubre 2004. 558 pp.

Esta obra reúne una serie de trabajos originados en un Programa de investigación conjunto del *Instituto de Estudios Históricos y Sociales (IEHS)* y del *Centro de Investigaciones Geográficas (CIG)* de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional del Centro (Pcia. de Buenos Aires). El trabajo se propone como un diálogo entre historiadores (incluidos historiadores de la población) y geógrafos, comunicación que ha mostrado gran fertilidad en países de conocimiento demográfico avanzado.

Hernán Otero, en su presentación, advierte que los artículos incluidos (once en total) tienen en común dos ejes temáticos: la historia de la población, por un lado, el análisis espacial de los fenómenos socio-demográficos, por otro. Los once trabajos se reagrupan en torno a tres vertientes básicas.

La primera remite a la construcción de modelos socio-demográficos

que recurren al espacio como vía heurística y explicativa prioritaria.¹ Todos los textos de esta parte apelan a Sistemas de Información Geográfica y a la elaboración de mapas temáticos concebidos como “mapas para descubrir”, es decir, como partes de una estrategia que propone asociaciones y desarrolla hipótesis, en una lógica de cartografía argumentativa en la que el “mapa-hipótesis” busca sobrepasar la clásica imagen del

¹ Contiene los trabajos de H. Otero y A. Pellegrino: *Compartir la ciudad. Patrones de residencia e integración de inmigrantes en Buenos Aires y en Montevideo durante la inmigración masiva*; H. Otero: *La transición demográfica argentina a debate. Una perspectiva espacial de las explicaciones ideacionales, económicas y político-institucionales*; G. Velázquez: *Calidad de vida en la Argentina. Elementos de diferenciación socio-espacial*; S. Gómez Lende: *Desigualdades regionales en la Argentina de los noventa. ¿Década de crecimiento y competitividad o inserción marginal en el mercado internacional y desaceleración del desarrollo?*

“mapa-archivo” o del “mapa-ilustración”.

La segunda constituye una novedosa (al menos en nuestro país) reflexión acerca de las estadísticas (censos, series, cartografías) en tanto elementos productores y transmisores de formas de pensar la población y el espacio nacional.² A través de la historia de esos elementos va manifestándose la creación (yo agregaría, la dominación) de representaciones esenciales para la historia, la demografía y la geografía, tales como las relativas al territorio, al ciudadano, a la nación, a la región y a la clase obrera.

Por último, la tercera propone una indagación crítica de los supuestos científicos, políticos e ideológicos de algunas representaciones de la población y del concepto mismo de población.³

² S. Quintero: *La interpretación del territorio argentino en los primeros Censos Nacionales de población (1869, 1895, 1914)*; H. Otero: *Crítica de la razón estadística. Ensayo de formalización teórico-metodológica del paradigma censal de la Argentina moderna (1869-1914)*; H. González Bollo: *La cuestión obrera en números: la estadística socio-laboral argentina y su impacto en la política y la sociedad, 1895-1943*; G. Velázquez: *Región, regionalización y calidad de vida en la Argentina*.

³ P. Zarini: *La utopía eugenista en la Argentina (1900-1950)*; C. Biernart: *Inmigración, natali-*

En su conjunto, aunque perseverantemente estructurado alrededor de la noción de historicidad de la población y del espacio social, este libro aporta tal cantidad y variedad de temas y conocimientos que superan la posibilidad de abor-darlos comprensivamente en una sola nota. Nos limitaremos pues a seleccionar algunos puntos que trascienden los límites de un artículo dado y, creemos, subyacen al conjunto.

En primer término, en un país como el nuestro, tan permeado por una tradición estadístico-cuantitativa de la demografía, no es redundante, más bien es refrescante, encontrarse con una definición de la disciplina originada en una visión cualitativa. A la idea de que “la demografía tiene por objeto el análisis estadístico de la población en tanto conjunto renovable por la acción de los fenómenos demográficos básicos (natalidad, mortalidad, nupcialidad, migraciones)..... debe oponérsele una definición del concepto ‘población’ en el que

dad y urbanización. El poblacionismo argentino y sus contradicciones frente a la preguntas por el desarrollo económico (1914-1955); I. Cosse: *Entre el estigma y la integración. Imágenes, estereotipos y representaciones de la filiación ilegítima en Argentina (1940-1955)*.

caben múltiples acepciones sociológicas, políticas y de sentido común, esencialmente cualitativas” (pág.11).

Yo iría aún más lejos. Creo que las poblaciones no existen. ‘*Población*’ es un concepto abstracto del análisis demográfico, indispensable, naturalmente, como base de la metodología que le es inherente. Pero en la realidad sólo existen grupos humanos (sociedades) con determinados atributos: localización en el territorio nacional; composición étnica; lengua común; modos o formas de producción económica; procesos culturales, ideológicos e institucionales; autoridad reconocida; etc. Es decir, sociedades con lazos sociales determinados en el tiempo y en el espacio, que han construido y construyen una historia común. Esta obviedad es olvidada más frecuentemente de lo que sería deseable. Además, en la Argentina, como producto de la filiación académica (norteamericana o francesa) en la que inscribe cada grupo, se tiende a obturar la percepción de esa carencia por la vía de los sellos académicos: se alude entonces a la ‘sociología de la población’ (en cuyo caso la demografía se visualiza como una rama de la sociología), o bien a la ‘demografía social’ (en cuyo caso la vincu-

lación con el lazo social aparece como una rama de la demografía). Libros como *El mosaico argentino* abren el camino para reivindicar la existencia de las ‘ciencias de la población’ como disciplina autónoma en el conjunto de las ciencias sociales.

En segundo término, en varios artículos se plantea —explícita o implícitamente— la naturaleza que debe revestir la relación entre los estudios *macro* y los estudios *micro* en el curso de la explicación. Es sumamente interesante la demostración de que no existe superioridad epistemológica de unos sobre otros y de que, en la práctica de investigación, pueden complementarse fructuosamente (por ejemplo, en la detección de redes “fuertes” (premigratorias) y de redes migratorias “lábilés” (postmigratorias) en la integración de los inmigrantes transoceánicos).

En tercer término, constituye un aporte el desbrozar la intrincada trama de la “racionalidad” que coexiste y puede condicionar el comportamiento procreativo durante la transición demográfica. Son harto conocidos los estudios que muestran la existencia de una racionalidad limitativa que lleva a regular la fecundidad para disminuir el tamaño de la familia. Menos investigada, pero igualmente legítima, es la

racionalidad tendiente a mantener o incluso aumentar el número de hijos, sea por prevalencia de ciertos valores culturales, sea por el valor económico atribuido a la proge- nie. A estos dos tipos, debe agregarse todavía otra racionalidad —la que impone el Estado a través de la legislación, de los efectores de salud, de los contenidos de la educación pública, etc.—, que es indispensable considerar en el análisis de la transición. Esta trama surge transparente a lo largo del texto.

Otros intentos de demostración de las relaciones entre variables demográficas y no demográficas son igualmente útiles aunque, en este caso, por la vía de las incertidumbres que suscitan. En óptica diacrónica, debe tenerse en cuenta que, utilizar la misma variable, medida de la misma manera a lo largo del tiempo, en un mismo universo (por ejemplo, la Argentina), no asegura la validez de la demostración: por ejemplo, la variable “propiedad de la vivienda” o la variable “ocupación individual”, aunque se definan textualmente de la misma manera a través de todas las fuentes, no tienen la misma significación —por lo tanto, no tienen la misma potencialidad explicativa— en los diferentes momentos de medición. Es sin duda ar-

dua, pero indispensable, la tarea de determinar cómo se resignifican los indicadores sociales a través de la historia.

La misma objeción vale para la elección de variables que han mostrado su validez en distintas latitudes (por citar sólo un ejemplo, en Europa, la afiliación política partidaria como indicador de laicización), cuando son aplicadas en distintos contextos sociales (por ejemplo, la Argentina) donde es incierto que posean el mismo significado. El deslumbramiento que nos producen algunos estudios extranjeros (por ejemplo, franceses) en los que se usa la representación espacial de ciertos indicadores como inductor del descubrimiento de realidades socio-políticas de orden superior, no debe conducirnos a emularlos sin, otra vez, abocarnos previamente a la ardua tarea de establecer su significación en cada situación concreta.

Por último, un comentario de orden más general me es sugerido por la utilización del ‘espacio’ o, más precisamente, de la ‘configuración espacial’ como elemento explicativo de la variabilidad de algunos fenómenos. El riesgo que se corre con esta perspectiva es obviar el describir o investigar qué pasa dentro de ese espacio: cuál

es su dinámica social; cuáles son las fuerza sociales en presencia; cuáles sus interrelaciones; en suma, cuáles son y cómo se comportan los actores sociales que son los sujetos de los comportamientos dentro de ese espacio. Por sí mismo, un espacio geográfico, nada nos dice de las determinaciones sociales que, en última instancia, explican su homogeneidad o su heterogeneidad.

Al final de su artículo sobre la transición demográfica, pieza central del libro que comentamos, en el que analiza numerosas asociaciones bivariadas, Hernán Otero dice que *“como en las partidas de dominó,... resulta fácil entender cada uno de los pares de asociaciones pero, al igual que en ellas, el trazado final que dibujan las fichas sobre la mesa pudiera parecer acaso inexplicable o simplemente inconducente. Tratamos entonces de reconstruir su lógi-*

ca.”.....(Sin excluir que otros dibujos puedan emerger, con este trabajo) *“esperamos simplemente haber contribuido a aumentar el número de las fichas y las posibilidades de sus múltiples combinaciones”*(pág. 122-131).

En el área de los temas abordados, es mi opinión que, en las ciencias de la población argentinas, ya no podría empezarse una nueva partida de dominó desconociendo las jugadas y resultados que contiene este libro, a tal punto ha aumentado el número de las fichas y el conocimiento de sus múltiples posibilidades de relación. Aunque otras figuras sean posibles, las que presenta este mosaico, de ahora en más, son indispensables.

Susana Torrado
